

LAS LITERATAS.

CARTA Á EDUARDA.

Mi querida Eduarda; ¿Seré demasiado cruel al empezar esta carta, diciéndote que la tuya me ha puesto triste y mal humorada? ¿Iré á parecerte envidiosa de tus talentos, ó brutalmente franca, cuando me atrevo á despojarte sin rebozo ni compasion, de esas caras ilusiones que tan ardientemente acaricias? Pero tu sabes quien soy, conoces hasta lo íntimo mis sentimientos, las afecciones de mi corazon, y puedo hablarte.

No, mil veces no, Eduarda, aleja de tí tan fatal tentacion, no publiques nada, y guarda para tí sola, tus versos y tu prosa, tus novelas y tus dramas: que ese sea un secreto, entre el cielo, tu, y yo. ¿No ves que el mundo está lleno de esas cosas? Todos escriben, y de todo. Las musas se han desencadenado. Hay mas libros que arenas tiene el mar, mas genios, que estrellas tiene el cielo, y mas criticos, que yerbas hay en los campos. Muchos han dado en tomar esto último por oficio, reciben por ello alabanzas de la pátria, y aunque lo hacen lo peor que hubiera podido esperarse, prosiguen entusiasmados, riéndose, necios felices, de los otros necios, mientras los demase rien de ellos. Semejantes á una plaga asoladora, criticos y escritores han invadido la tierra y la devoran como pueden. ¿Qué falta hacemos pues tu y yo entre ese tumulto devastador? ninguna y lo que sobra siempre está demas. Dirás que trato esta cuestion como la del matrimonio, que hablamos mal de él, despues que nos hemos casado, mas puedo asegurarte, amiga mia, que si el matrimonio es casi para nosotros una necesidad impuesta por la sociedad y la misma naturaleza, las musas son un escollo y nada mas. Y por otra parte ¿merecen ellas que uno las ame? ¿no se han hecho acaso tan ramplonas y plebeyas que acuden al primero que las invoca, siquiera sea, la cabeza mas vacia? Juzga por lo que te voy á contar.

Hace algun tiempo, el barbero de mi marido, se presentó circunspecto y orgullosamente grave. Habiendo tropezado al entrar, con la cocinera, le alargó su mano y la saludó con la mayor cortesía diciendo—A los pies de V. Maria ¿que tal de salud?—Vamos andando, le contestó muy risueña ¿y V. Guanito?—Bien gracias para servir á V.—Que fino es V. amigo mio: añadió ella creyéndose elevada al quinto cielo porque el barbero le habia dado la mano al saludarla, y se habia puesto á sus pies. ¿Como se conoce que ha pisado V. las calles de la Habana! por aqui, apenas saben los mozos decir mas que buenos dias.

—¿Cómo se conoce que vienes de aquella tierra! exclamé yo para mi.—Tú ya sabes, Eduarda, cual es *aquella tierra*... aquella feliz provincia en donde todos, todos (yo creo que hasta las arañas) descienden en línea recta de cierta antigua ingeniosa y artística raza que ha dado al mundo lecciones de arte y sabiduría.

—¿Cómo no ha venido V. mas antes? le preguntó mi marido algo sério. ¿No sabia V. que le esperaba desde las diez?

—Cada cual tiene sus ocupaciones particulares, repuso el barbero con mucho tono, y jugando con el baston. Tenia que concluir mi libro y llevarlo á casa del impresor, que ya era tiempo.

—¿Qué libro? repuso mi marido lleno de asombro.

—Una novela moral, instructiva y científica que acabo de escribir, y en la cual demuestro palpablemente, que el oficio de barbero es el mas interesante entre todos los oficios que se llaman mecánicos, y debe ser elevado al grado de profesion honorífica y titulada y trascendental por añadidura.

Mi marido se levantó entonces de la silla en que se sentara para *ser inmolado*, y cogiendo algunas monedas, se las entregó al barbero diciendo:

—Hombre que hace tales obras no es digno de afeitarse mi cara, y se alejó riendo fuertemente; pero no así yo, que irritada contra los necios y las musas, abrí mi papelería y rompí cuanto allí tenía escrito, con lo cual, á decir verdad, nada se ha perdido.

Porque tal es el mundo Eduarda, cogerá el libro, ó mas bien dicho, el aborto de ese barbero, á quien Dios hizo mas estúpido que una marmota, y se atreverá á compararlo con una novela de Jorge Sand.—Yo tengo leído muchas preciosas obras, me decia un dia cierto jóven que se tenia por instruido, Las Tardes de la Granja y el Manfred de Byron, pero sobre todo, Las Tardes de la Granja me han hecho feliz.—Lo creo, le contesté, y mudé de conversacion.

Esto es insoportable para una persona que tenga algun orgullo literario y algun sentimiento de poesía en el corazon; pero sobre todo, amiga mia, tú no sabes lo que es ser *escritora*. Serlo como Jorge Sand, vale algo, pero de otro modo, ¡qué continuo tormento! por la calle te señalan constantemente y no para bien, y en todas partes murmuran de tí. Si vas á la tertulia y hablas algo de lo que sabes, si te espresas siquiera en un lenguaje algo correcto, te llaman bachillera, dicen que te escuchas á tí misma, que lo quieres saber todo. Si guardas una prudente reserva, ¡qué fátua! ¡qué orgullosa! te desdenas de hablar como no sea con literatos. Si te haces modesta, y por no entrar en vanas disputas, dejas pasar desapercibidas las cuestiones con que te provocan, ¿en dónde está tu talento? ni siquiera sabes entretener á la gente con una amena conversacion. Si te agrada la sociedad, pretendes lucirte, quieres que se hable de tí, no hay funcion sin tarasca. Si vives apartada del trato de gentes, es que te haces la interesante, estás loca, tu carácter es atrabiliario é insoportable, pasas el dia en delirios poéticos y la noche contemplando las estrellas, como D. Quijote. Las mugeres ponen en relieve hasta el mas escondido de tus defectos, y los hombres no cesan de decirte siempre que puedes, que una muger de talento es una verdadera calamidad, que vale mas casarse con la burra de Balaan, y que solo una tonta puede hacer la felicidad de un mortal, *varon*.

Sobre todo los que escriben y se tienen por graciosos no dejan pasar nunca la ocasion de decirte, que las mujeres deben dejar la pluma y reparar los calcetines de sus maridos, si lo tienen, y si no aunque sea los del criado. Cosa fácil era para algunas abrir el armario y plantarle delante de las narices, los zurecidos pacientemente trabajados, para probarle, que el escribir algunas páginas, no le hace á todas olvidarse de sus quehaceres domésticos, pudiendo añadir que los que tal murmuran, saben olvidarse en cambio de que no han nacido mas que para tragar el pan de cada dia y vivir como los parásitos.

Pero es el caso Eduarda, que los hombres miran á las literatas peor que mirarian al diablo, y este es un nuevo escollo que debes temer, tu que no tienes dote. Únicamente alguno de verdadero talento pudiera, estimándote en lo que vales, despreciar necias y aun erradas preocupaciones, pero.... ay de tí entonces! ya nada de cuanto escribiste es tuyo, se acabó tu número, tu marido es el que trabaja y tú la que firmas.

Yo, á quien sin duda un mal génio ha querido llevar por el perverso camino de las musas, sé harto bien la senda que en tal peregrinacion recorreremos. Por lo que á mí respecta, se dice muy corrientemente que mi marido trabaja sin cesar para hacerme inmortal. Versos, prosa, bueno ó malo, todo es suyo, pero sobre todo, lo que les parece menos malo, y no hay principiante de poeta, ni hombre sesudo que no lo afirme. ¡De tal modo te cargan pecados que no ha cometido! Enfadosa ocupacion, penosa tarea por cierto la de un marido, que costándole aun trabajo escribir para sí, (porque la mayor parte de los poetas son perezosos) tiene que hacer ademas los libros de su mujer, sin duda con el objeto de que digan que tiene una esposa *poetisa* (esta palabra ya llegó á hacerme daño) ó novelista, es decir, lo peor que puede ser hoy una mujer.

Ello es algo absurdo si bien se reflexiona, y hasta parece oponerse al buen gusto á la delicadeza de un hombre y de una mujer que no sean absolutamente necios....

¿pero cómo creer que *ella* pueda escribir tales cosas? Una mujer á quien ven todos los días, á quien conocen desde niña, á quien han oído hablar, y no andaluz, sino lisa y llanamente como cualquiera, ¿puede discurrir y escribir cosas que á *ellos* no se le han pasado nunca por las mientes, y eso que han estudiado y saben filosofía, leyes y retórica y poética, ecétera?..... Imposible, no puede creerse á no ser que viniese Dios á decirlo. Si siquiera hubiese nacido en Francia ó en Madrid! ¿pero aquí mismo?... Oh!...

Todo esto que por lo general me importa poco, Eduarda, hay veces sin embargo, que me ofende y lastima mi amor propio, y hé aquí otro nuevo tormento que debes añadir á los ya mencionados.

Pero no creas que para aquí el mal, pues una poetisa ó escritora, no puede vivir humanamente en paz sobre la tierra, puesto que además de las agitaciones de su espíritu, tiene las que levantan en torno de ella cuantos le rodean.

Si te casas con un hombre vulgar, aun cuando él sea el que te atormente y te oprima día y noche, sin dejarte respirar siquiera, tu eres para el mundo, quien le maneja, quien le lleva y trae, tu quien le manda; él dice en la visita la lección que tu le has enseñado en casa, y no se atreve á levantar los ojos por miedo á que le riñas, y todo esto que redundante en menosprecio de tu marido, no puede menos de herirte mortalmente si tienes sentimientos y dignidad, porque lo primero que debe cuidar una mujer, es de que la honra y la dignidad de su esposo, rayen siempre tan alto como sea posible. Toda mancha que llega á caer en él cunde hasta ti, y hasta tus hijos: es la columna en que te apoyas y no puede vacilar sin que vaciles, ni ser derribada sin que te arrastre en su caída.

Hé aquí bosquejada de prisa y á grandes rasgos la vida de una mujer literata. Lee y reflexiona: espero con ansia tu respuesta.—Tu amiga, *Nicanora*.

Paseándome un día por las afueras de la ciudad, hallé una pequeña cartera que contenía esta carta. Parecióme de mi gusto, no por su mérito literario, sino por la intención con que ha sido escrita, y por eso me animé á publicarla. Perdóneme la desconocida autora esta libertad, en virtud de la analogía que existe entre nuestros sentimientos.

ROSALIA CASTRO DE MURGUÍA.

LA ANTIGUA NOBLEZA DE GALICIA.

Una de las mas importantes páginas de la historia de Galicia, y seguramente no la mas fácil de escribir, por el caudal de conocimientos históricos que exige, y la sana y abundante crítica que es indispensable para darla su verdadero colorido, ha de ser la que nos retrate la turbulenta y característica Nobleza gallega, cuyas diversas y memorables hazañas enriquecen los monumentos y memorias históricas de los siglos XIV y XV.

Poco conformes son las opiniones que sobre ella se han formado, y no mas acordes los juicios que sobre sus miras é intenciones han hecho los escritores que de ella han tratado: quien pinta á los caballeros gallegos ocupados tan solo de despojar inicuamente á los devotos peregrinos que se dirigian á la Jerusalem de Occidente: y quien los considera como tipos de pundonorosos caballeros, protectores de débiles y azote de malhechores.

Pronto, esperamos, se conocerá el verdadero carácter de la Nobleza gallega, durante los siglos próximos á la terminacion de la reconquista y á la preponderancia y